

Querido Diario:

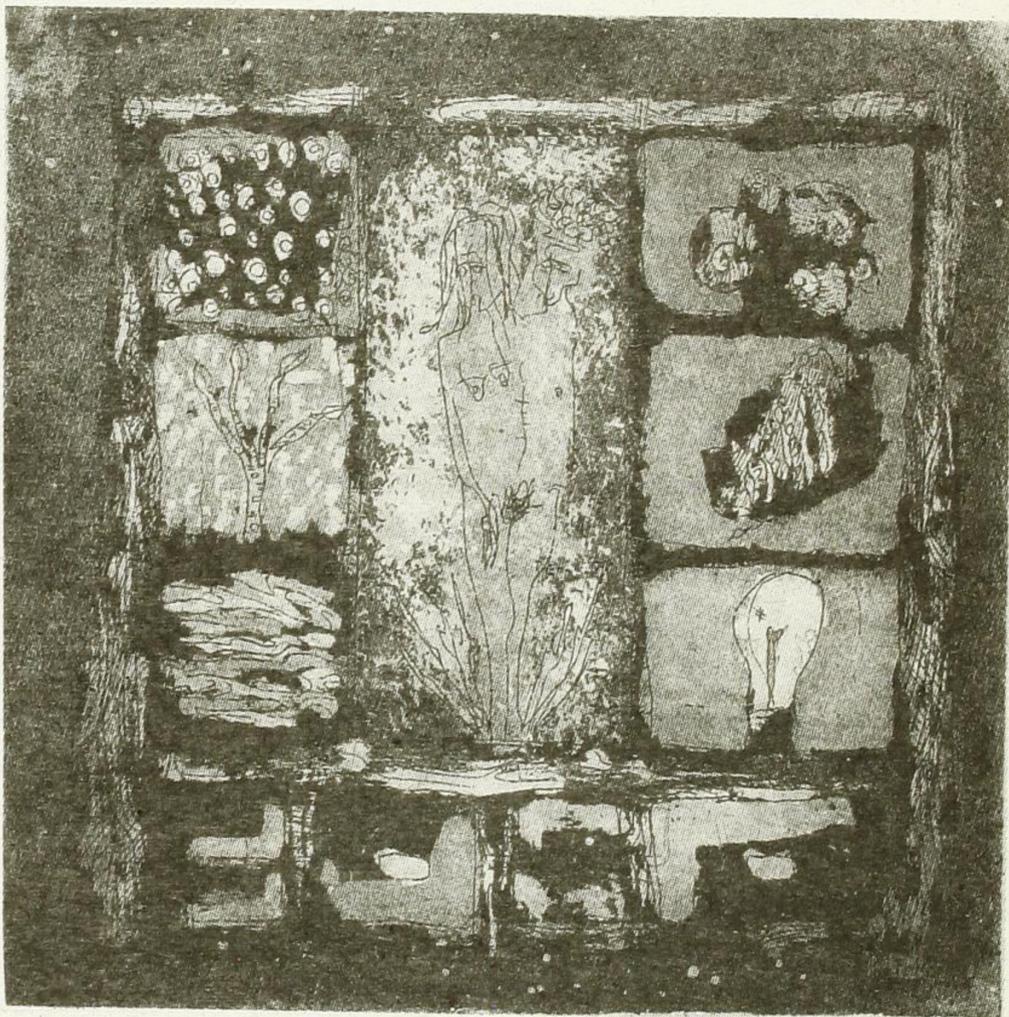
Marcela Guijosa

Vengo llegando de la terminal de Observatorio, de dejar a Mariana en el camión que la llevará a Morelia. Grueso. Aunque no es todavía el día de la mudanza, es el primer acto de la despedida. Se va a trabajar tres semanas y ya después, si se halla, buscará un departamento o una casa para vivir.

Me duele un poco la panza. Me tomo un *Ranisén*... Pues sí: de hecho, ya se fue. Aunque esto no funcionara y tuviera que regresarse, creo que sería por mientras. Se va. Chau. Adiós, mamá. *She's leaving/home*.

Este sufrimiento por la separación, tan ambivalente, es distinto a cuando se fue Tomás. Aquél estaba envuelto en una muy especial alegría y en los regocijados preparativos de la boda. Cuando tu hijo se casa radiante, y tu nuera te encanta, algo cultural y milenario te tranquiliza el corazón y te dice que está bien, que así es como la tradición mexicana manda que se vayan los hijos. Agarrados de la mano de su pareja, llenos de amor, con despedidas de solteros y chubascos de buenos deseos, dineros, tostadores y cubiertos, toallas y cacerolas. Se va tu niño, lo extrañas muchísimo; pero todos los días te recargas en la confianza de que está acompañado y feliz.

Mariana, mi niña dulce, mi adolescente furibunda, mi criatura preciosa, mi joven hija la prometedora fotógrafa, tan compañera en los últimos tiempos, tan madura, tan solidaria, tan divertida, decidió otra cosa. Sin boda en puerta,



ROPERO/Fernanda Soler |

su salida es diferente. Con la oportunidad de una buena chamba en Morelia, Michoacán, con la ventajota de su tío Vicente, mi hermano querido, que vive allá y que es quien le propone el trabajo, todo suena óptimo. Ahorita va a vivir con sus tíos y sus adorados sobrinitos mientras la cosa empieza. Cuando ya esté más aclimatada y vea con claridad los dineros que tendrá, quiere buscar una casita para ella sola. Qué ilusión tiene de "su espacio". Qué de sueños. Una estancia, una recámara, un patio o jardincito, unas macetas, un posible estanque para sus tortugas. Que si pondrá su cuarto oscuro, que necesitará aunque sea un "servibar" o mini-refrigerador, que nomás una mesa, una silla, un colchón, que menos mal que ya tiene su grabadora con reproductor de CDs.

Benditos veinticuatro años, llenos de fuerza y de valentía, de todo es posible, de sí se puede y me sobran las ganas y los recursos y la esperanza aunque no gane mucho dinero y tengo toda la vida por delante y cómo chingados no.

Ya en mis tiempos, en mis veinticuatro años, fantaseábamos mis amigas y yo que si no nos casábamos pronto, nos iríamos a vivir a un departamento, juntas. Pondríamos el tocadiscos con la *Novena de Beethoven* y *Nabuco* y *La Traviata* a todo volumen y nadie nos diría *bájale*. Tendríamos vajilla de barro, de la verde, de Valle de Bravo. Prenderíamos todos nuestros focos de 100 watts y nos daríamos regaderazos largos y tendidos, con el agua bien caliente, porque al fin y al cabo nosotras, que ya trabajábamos y ganábamos muy buenos centavos, pagaríamos alegremente el gas y la luz y no andaría ningún papá ni mamá detrás de nosotras refunfuñando y apagando sistemáticamente todas las lámparas para *ahorrar*.

Y la fantasía nunca se cumplió con exactitud porque a la mera hora salimos virginalmente de blanco de nuestras casas y nos matrimoniamos, y nos tocaron algunos maridos ahorradores que apagaban los focos, aunque del tocadiscos yo no me puedo quejar, porque a los dos nos encantaban los mismos discos a todo volumen y las mismas flores y los mismos libros y los mismos cuadros, y estrenamos la pri-

mera vajilla verde de barro, y nuestra casa siempre estuvo llena de música y de niños y de mascotas, de cuates y de muchísimos objetos preciosos, elegidos y acomodados y aceptados al alimón.

Y ahora ésta mi casa, otra vez, va cambiando. Se va quedando... con menos gente. Seguimos aquí Mateo y yo (y nuestros dos felinos). Iba a escribir "se va quedando vacía" o "silenciosa", pero ni tanto, porque muchas veces Mateo toca el piano o el teclado, y vemos la televisión y comentamos los programas y nos reímos y discutimos, y las visitas siguen viniendo y platicando y carcajeándose a altísimos decibeles, y ahorita mismo mi aparato de sonido sigue sonando y la ópera *El Caballero de la Rosa*, de Richard Strauss, se oye a un volumen bastante decente. Sigo viendo a mi alrededor una tremenda cantidad de objetos, aunque algunos muebles ya se fueron a casa de Tomás y Coni y otros están a punto de irse a Morelia. Mariana también quiere que le regale algunas de mis macetas o piecitos de mis plantas.

Y sí, qué ilusión y qué dicha pensar en su casita, inundada de Bob Marley o de Silvio o de sus horribles *rocksotes*, amueblada y adornada con cosas nuevas y otras viejas y heredadas, con macetas michoacanas preciosas, recién compradas, y sembradas con plantas de allá o con hijitos de mis geranios o mis belenes que seguro retoñarán muy contentos en el pequeño patio, junto a las tortugas y la salamandra en su cajita transparente.

Qué ilusión y qué dicha tener una hija tan valiente que se atreve a irse, a enfrentar una vida libre, nueva. Trabajo nuevo, ciudad nueva, costumbres y relaciones y gentes nuevas. Ella solita, con su morral y su cámara, con su salamandra y su impermeable, con sus libros y su ropa en la mochila, con los ojos brillantes y los rizos despeinados, con sus veinticuatro años, con todos sus miedos y todos sus planes, con la bendición de su madre.

Y me cae que claro que por supuesto que le haré una fiesta antes de la mudanza para celebrar su independencia y que todos los cuates y la familia le regalen buenos deseos y centavitos y sábanas y coladores y pocillos y cucharas.

Qué felicidad. No sé por qué se me salen las lágrimas. Ha de ser la voz de esa malvada soprano del *Caballero de la Rosa* que estoy oyendo a todo volumen y que canta tan precioso. *Am*



Fernanda Soler